EDUCAR AL JOVEN DEL SIGLO XXI

Características y condicionantes

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v63i221.63>

ALONSO MORATA MOYA*

INTRODUCCIÓN

Aquellos que hicimos los estudios de psicología en los albores de esta materia en España, allá por los finales de los años sesenta del siglo pasado, nos vemos sorprendidos e inquietos al constatar que para muy poco nos sirven los conocimientos que, sobre psicología evolutiva y diferencial, aprendimos. Y es normal que los tiempos cambien, los parámetros sean diferentes y factores de influencia socio-ambiental condicionen las vivencias y las manifestaciones de nuestros jóvenes. Quizás sean, estas últimas, las generaciones que han gozado de más oportunidades desde que el mundo es mundo, pero ¿han sido aprovechadas?, ¿hay elementos en la «atmósfera» que respiran que dificultan una evolución más o menos secuenciada y «serena» que les haga progresar con cierta madurez en todos los aspectos de su persona?

La verdad es que no disponemos de ningún estudio sistemático que nos proporcione una nueva visión del joven de hoy, visión más acorde con lo que viven, manifiestan y perciben, y su influencia en la conducta posterior. Es cierto que son una generación, al menos en apariencia, más espontánea y libre que las que le precedieron. Sin embargo, ¿hasta qué punto hay auténtica libertad en su espontaneidad y espontaneidad en su libertad? Hay varias claves que me llevan a pensar que, a pesar de las apariencias, en realidad son la generación más mediatizada e influenciable.

Pero vayamos por partes y detengámonos en aspectos concretos como el influjo de la familia tal como existe en el momento; el tipo de educación recibida (familia, escuela, sociedad); las relaciones; la educación y la praxis afectivo sexual; las contingencias entre los iguales; los valores de la persona; el equilibrio o desequilibrio en los aspectos que atañen a lo somático (vida corporal), a los valores de inteligencia, conocimientos y saberes, etc.

* Director de la Revista Seminarios, párroco de la Parroquia de San Cristóbal y San Rafael de Madrid.

(vida anímica) y a los valores que se circunscriben al campo del cultivo del espíritu (vida espiritual).

1. LA FAMILIA, SU SITUACIÓN REAL Y SU PAPEL EN LA DINÁMICA EVOLUTIVA DE LOS JÓVENES

No nos cabe duda de la influencia que tuvo en la vida física, psíquica y espiritual de las generaciones anteriores el modelo de la propia familia y también de las que estaban cerca por amistad y planteamiento personal de vida. Los principios de educación y respeto, del valor de la vida humana, del concepto de lo que era una familia, del sentido de la responsabilidad, de la capacidad de esfuerzo y de sacrificio... y un largo etcétera, eran el soporte sobre el que se asentaba el molde educativo-evolutivo de la persona. Ciertamente que, normalmente, sólo el padre trabajaba fuera de casa y la madre se dedicaba a sus labores de ama y a la educación de los hijos. Su atención a los niños era «a tiempo pleno», el padre aparecía como el que a veces estaba y ponía orden en los «conflictos» entre los hermanos. Podría decirse que la educación del día a día era fundamentalmente materna, aunque es cierto que la sombra del padre se hacía presente en la tarea de formación (en el sentido también de dar forma a la personalidad).

Estaba claro, por otra parte, lo que era una familia. Todo hacía visualizar la realidad de los dos sexos (entonces se decía opuestos) complementarios, el masculino y el femenino, y hasta los deportes que se ejercitaban, los juguetes, modales, relaciones se debían desarrollar según se caminase hacia ser hombre o realizarse como mujer. Pero hoy no resulta tan claro lo que es una familia; con dicho término se denominan realidades muy distintas: familia «tradicional», «monoparental» (por lo común con sólo la madre soltera, la familia formada por dos personas del mismo sexo (varones o hembras), con adopciones que caen en una estructura no regular, con una percepción de sentimientos equívoca, lo que supone un riesgo para la educación y madurez de la persona. Sé que hacer esta afirmación no es socialmente correcto, mas estoy seguro de que los resultados de estas situaciones a tiempo futuro mostrarán el poco respeto a la persona que anida en aquellos que las defienden como si fuera un derecho de las parejas LGTB y, tan exclusivo, que no contemplan los derechos de los niños. Que distorsiona y frena la madurez es un hecho ya comprobado, más si tenemos en cuenta la cantidad de «separaciones» que se dan en el mundo gay estadísticamente.

Todo esto hace que la capacidad de ejemplaridad de la familia haya decaído hasta límites no sospechados y que resulte problemática una evolución coherente de cada persona con sus peculiaridades, que siempre

suponen enriquecimiento del grupo humano en el que se desarrolla cada vida. Los grupos que presionan en esta dirección no se dan cuenta, o no quieren asumir, el daño que están haciendo incluso a aquellos a los que dicen defender.

Tenemos, por tanto, varios elementos que influyen en el desarrollo armónico de la persona: 1) la indefinición de familia y el papel de cada uno de los progenitores; 2) la falta de uno de los dos en la llamada familia «monoparental», con su carencia de un punto importante de referencia; 3) la unión de dos personas del mismo sexo, mal llamada «matrimonio» porque el «matri munus» se da por doble partida en uno (por exceso) y por carencia en otro (por defecto).

Y, por más que quieran reducir a su limitado y restrictivo lenguaje esta realidad, ni hay homofobia ni hay rechazo alguno. Respetando las realidades, no se puede presentar (y menos educar para ello) lo que no es destino del amor humano, porque desaparecería la raza, como una situación normal. Lo que, por otra parte, no implica tampoco que se haya de perseguir y privar de sus reales derechos a quien, por las causas que sean, siente esta tendencia homofílica.

2. EL TIPO DE EDUCACIÓN RECIBIDA: FAMILIA, ESCUELA, SOCIEDAD

Si la familia es (o debería ser) la primera escuela de formación del niño maduro, no lejos está la escuela. En ella se lleva a cabo la primera socialización del niño, se le ayuda a que se relacione con otros y aprende a no considerarse «el único». En tiempos también le impulsan a ir adquiriendo y asegurando progresivamente su inclinación afectivo-sexual, a distinguir terrenos, a descubrir que el otro tiene tantos derechos como él, a respetar al otro. La escuela no es sólo un lugar donde se enseñan cosas, se instruye en distintas ciencias, sino el ámbito social en el que se aprende a vivir, porque debe poner las bases del propio ser en devenir que se encaminará a una personalidad única y original dentro de un entorno social que aporta un sentido hondo de pertenencia. En él se encuentran la mayor parte de los amigos, muchos intereses afectivos y espacios donde sentirse a gusto.

Desde el primer momento, una estructura de escuela abierta y tolerante, en la que se transmitan valores que, asimilándolos, ofrecen un caudal para crear ese hábitat exterior que facilita el propio ser interior. Esos principios rectores de la vida llevan al respeto, a la colaboración, al cultivo del conocimiento y la espiritualidad, a saber escoger una profesión que hace solidario, desde la que ejercer un servicio y ganarse la vida, en la construcción de una familia, con los procesos de evolución bien llevados, que presenta

como persona abierta a los demás, respetuosa, verdaderamente democrata, consciente de las propias limitaciones y valores, sabedor de que en solitario no se puede bien vivir, que se es uno más en construir la sociedad que no se detiene.

Por ser tan importante que la escuela cumpla su función de ser medio de socialización y nacimiento de valores, sobran en ella fanatismos, ideologización, manipulaciones (fáciles de hacer con unos niños tan moldeables), intransigencias, monolitismo. Pero no puede olvidar que los niños están en trance de... en el paso hacia la adolescencia, la juventud, el joven maduro y el hombre en sus etapas hasta la vejez y que, si hay puntos falsos en su tránsito, la vida se le pondrá muy difícil y no por elementos que vengan del exterior, sino por sus carencias internas: debilidad, capricho, desprecio por los demás, intolerancia, falta de principios éticos y/o religiosos.

Padre y madre son, por naturaleza, los primeros e irrenunciables educadores de sus hijos. No es fácil llevar con éxito la tarea. Se presentan algunos contrastes en apariencia irreconciliables: ¿cómo equilibramos el saber comprender, con exigir; respetar la libertad de los chicos y a la vez guiarlos y corregirlos; ayudarles en sus tareas, pero no sustituirlos y menos evitarles el esfuerzo formativo y la satisfacción que el realizarlas lleva consigo y cómo van ayudándole en la maduración y en la exigencia para consigo mismo?

De ahí que los padres tengan que aprender por sí mismos a serlo... y desde muy pronto. En ningún oficio la capacitación profesional comienza cuando el aspirante alcanza puestos de relieve y tiene entre sus manos encargos de alta responsabilidad. ¿Por qué en el «oficio de padres» debería ser de otra forma? ¿Acaso porque se trata más de un arte que de una ciencia? De acuerdo; pero en ningún arte bastan la inspiración y la intuición; es menester también instruirse, formarse (T. Melendo Granados).

En cualquier caso, aprender este «oficio» no consiste en proveerse de un conjunto de recetas o soluciones ya dadas e inmediatamente aplicables a los problemas que van surgiendo. Tales recetas no existen. Existen, por el contrario, principios o fundamentos de la educación, que iluminan las distintas situaciones: los padres deben conocerlos muy a fondo, hasta hacerlos pensamiento de su pensamiento y vida de su vida, para con ellos encarar la práctica diaria.

Teniendo esto claro, y sin demasiadas pretensiones, ofreceré un memorándum, el que considero más accesible y concreto posible, de los principales criterios y sugerencias sobre «el arte de las artes», como ha sido llamada la educación.

a) *Tres consejos de primer orden*

1. La primera cosa que los padres necesitan para educar es un verdadero y cabal *amor a sus hijos*. Según escribe G. Courtois en *El arte de educar a los muchachos de hoy*, la educación requiere, además de «un poco de ciencia y de experiencia, mucho sentido común y, sobre todo, mucho amor». Con otras palabras, ayuda el dominar algunos principios pedagógicos y obrar con sentido común, pero esto no supone que baste aplicar una bonita teoría para obtener seguros resultados.

¿Por qué? Si los niños fueran robots, hechos de las mismas piezas, sería fácil descubrir el funcionamiento del aparato y aplicar la mecánica; pero «cada niño es un caso» absolutamente irreplicable, distinto de todos los demás. Ningún manual es capaz de explicarnos ese «caso» concreto. Hay que aprender a modular los principios, a concretarlos a tenor del temperamento, la edad y las circunstancias en que se encuentre cada uno de los hijos. Y sólo el amor permite conocer a cada uno de ellos tal como es hoy y ahora, en este punto concreto de su vida, y actuar en consecuencia: aun concediendo la parte de verdad que encierra el dicho de que «el amor es ciego», resulta mucho más profundo y real sostener que es agudo y perspicaz, clarividente; y que, tratándose de personas, sólo un amor auténtico nos capacita para conocerlas con hondura.

De hecho, será el amor el que enseñe a los padres a descubrir el momento más adecuado para hablar y para callar; el tiempo para jugar con los niños e interesarse por sus problemas sin someterlos a un interrogatorio, y el de respetar su necesidad de estar a solas; las ocasiones en que conviene «soltar un poco de cuerda» y «no darse por enterados» y aquellas otras en que procede intervenir con decisión e incluso con resuelta viveza...Y, según decía, en todo este difícil arte los padres resultan insustituibles. Un matrimonio muy agobiado por su trabajo profesional buscaba en una tienda de juguetes un regalo para su niño: pedían algo que lo divirtiera, lo mantuviese tranquilo y, sobre todo, le quitara la sensación de estar solo. Una dependiente inteligente les explicó: «Lo siento, pero no vendemos padres». Tanta ocupación y preocupación por ganar dinero para darle al niño lo que necesite deja la tarea principal de los padres en querer acertar en el regalo, cuando es su dedicación el único regalo apropiado.

2. La primera cosa que el hijo necesita es *que sus padres se quieran entre sí*. «Hacemos que no le falte de nada, estamos pendientes hasta de sus menores caprichos, y sin embargo...». Expresiones como esta las oímos a menudo, proferidas por tantos padres que se vuelcan aparentemente sobre sus hijos –alimentos sanos, reconstituyentes, juegos, vestidos, vacaciones,

diversiones, etc.—, pero se olvidan de la cosa más importante que precisan: que los propios padres se amen y estén unidos. El cariño mutuo de los padres es el que ha hecho que los hijos vengan al mundo. Y ese mismo afecto recíproco debe completar la tarea comenzada, ayudando al niño a alcanzar la plenitud y la felicidad a la que se encuentra llamado. El complemento natural de la procreación, la educación, ha de estar movido por las mismas causas —el amor de los padres— que engendraron al hijo.

Desde hace ya bastantes siglos se ha dicho que, al salir del útero materno, donde el líquido amniótico lo protegía y alimentaba, el niño reclama imperiosamente otro «útero» y otro «líquido», sin los que no podría crecer y desarrollarse; a saber, los que originan el padre y la madre al quererse de veras.

Por eso, cada uno de los esposos debe valorar al alza la imagen del otro ante los hijos y evitar cuanto pueda hacer disminuir el cariño de estos hacia su cónyuge. Desde que los críos son muy pequeños, además de manifestar prudente, pero claramente, el afecto que los une, los padres han de prestar atención a no discutir ni hacerse mutuos reproches delante de ellos, a no permitir uno lo que el otro prohíbe, a evitar de plano algunas aberrantes recomendaciones al niño: «Esto no se lo digas a papá (o a mamá)», etc.

3. *Enseñar a querer.* Ya hemos indicado que el principio radical de la educación es que los padres se quieran entre sí y, como fruto de ese amor, que quieran de veras a sus hijos; el fin de esa educación es que los hijos, a su vez, vayan aprendiendo a querer, a amar. Curiosamente y en compendio, educar es amar, y amar es enseñar a amar.

Según explica Rafael Tomás Caldera, «la verdadera grandeza del hombre, su perfección, por tanto, su misión o cometido, es el amor. Todo lo otro —capacidad profesional, prestigio, riqueza, vida más o menos larga, desarrollo intelectual— tiene que confluir en el amor o carece en definitiva de sentido», e incluso, si no se encamina al amor, pudiera resultar perjudicial.

Toda tarea educativa de los padres ha de dirigirse, en última instancia, a incrementar la capacidad de amar de cada hijo y a evitar la que lo vuelva más egoísta, más cerrado y pendiente de sí, menos capaz de descubrir, querer, perseguir y realizar el bien de los otros.

Sólo así contribuirán eficazmente a hacerlos felices, puesto que la dicha —como muestran desde los filósofos más clásicos hasta los más certeros psiquiatras contemporáneos— no es sino el efecto no buscado de engrandecer la propia persona, de mejorar progresivamente. Y esto sólo se consigue amando más y mejor, dilatando las fronteras del propio corazón.

b) *Recomendaciones varias*

1. *Educar con el ejemplo.* No basta el repetir una y otra vez lo que tienen que hacer los niños, sino que además es necesario actuar como queremos que ellos respondan en la vida. Es evidente la tendencia que los niños muestran a imitar las actitudes de los adultos, y especialmente las de aquellos a quienes quieren o admiran. Son los más perseverantes en observar a los padres, son sus imitadores, sobre todo durante los primeros años. Ven cuando no miran y escuchan cuando parecen estar superocupados con su juguete preferido. Tienen un radar que capta todos los actos y las palabras de su entorno.

El medio más eficaz tanto para educar como para deseducar es el ejemplo de los padres. En efecto, el ejemplo posee un insustituible valor pedagógico, de confirmación y de ánimo: si queremos que el niño pierda el miedo al agua, lo mejor es tirarse con él o antes que él a la piscina. Las palabras vuelan, mientras que el ejemplo permanece, ilumina las conductas y arrastra la voluntad. En el extremo opuesto se halla la incongruencia entre lo que se aconseja y lo que se vive de hecho. Se trata del mayor mal que un padre o una madre puede infligirles a sus hijos, y sobre todo a determinadas edades, cuando el sentido de la «justicia» se encuentra rígidamente asentado en los chicos, sobre-desarrollado... y dispuesto a enjuiciar con excesiva dureza a los demás.

2. *Animar y recompensar.* No andar haciendo continuamente valoraciones negativas del niño porque puede que quiera ser lo que tú le dices «aunque sólo sea para no defraudar a sus padres». Más vale excesiva confianza en sí mismo, que demasiado poca. Y si lo vemos recaer en algún defecto, resultará más eficaz una palabra de ánimo que echárselo en cara y humillarlo. Mostrar al hijo que confiamos en sus posibilidades es para él un gran incentivo; en efecto, el pequeño se encuentra impulsado a llevar a la práctica la opinión positiva o negativa que de él se tiene y a no defraudar nuestras expectativas al respecto.

Cuando hace una observación correcta, incluso opuesta a la que nosotros acabamos de comentar o sugerir, no hay que tener miedo a darle la razón. No se pierde autoridad; más bien al contrario, la ganamos, puesto que no la hacemos residir en nuestros puntos de vista, sino en la misma verdad objetiva de lo que se propone.

Al animar y elogiar es preferible estar más atentos al esfuerzo hecho que al resultado obtenido. En principio, no se debe recompensar al niño por haber cumplido un deber o por haber tenido éxito en algo, si el conseguirlo no le ha supuesto un empeño muy especial. Un regalo por unas buenas

calificaciones es deformante. Las buenas calificaciones, junto con la demostración de nuestra alegría por ese resultado, deberían ser ya un premio que diera suficiente satisfacción al niño.

Tampoco es bueno multiplicar desmesuradamente las gratificaciones. Por un lado, porque se le enseña a actuar no por lo que en sí mismo es bueno, sino por la recompensa que él recibe (o a pensar más en sí mismo que en los otros). Y además, porque cuando falten, el pequeño se sentirá decepcionado: premiar reiteradamente lo que no lo merece equivale a transformar en un castigo todas las situaciones en que esa compensación esté ausente.

Conviene no olvidar una ley básica: educar a alguien no es hacer que siempre se encuentre contento y satisfecho, por tener cubiertos todos sus caprichos o deseos, sino ayudarle a sacar de sí (*e-ducere, educare*), con el esfuerzo imprescindible por nuestra parte y la suya, toda esa maravilla que encierra en su interior y que lo encumbrará hasta la plenitud de su condición personal, haciéndolo, como consecuencia, muy dichoso.

3. *Ejercer la autoridad, sin forzarla ni malograrla.* Por lo mismo, para educar no son suficientes el cariño, el buen ejemplo y los ánimos; es preciso también ejercer la autoridad, explicando siempre, en la medida de lo posible, las razones que nos llevan a aconsejar, imponer, reprobar o prohibir una conducta determinada. La educación al margen de la autoridad, en otro tiempo tan pregonada, se presenta hoy como una breve moda fracasada y obsoleta, contradicha por aquellos mismos que la han sufrido. El niño tiene necesidad de autoridad y la busca. Si no encuentra a su alrededor una señalización y una demarcación, se torna inseguro o nervioso. Incluso cuando juegan entre ellos, los niños inventan siempre reglas que no deben ser transgredidas.

Criticamos con facilidad las conductas caprichosas de los hijos de los otros, pero tratándose de los propios, es más difícil un juicio lúcido.

Con base en lo expuesto hasta aquí, y aun cuando no esté de moda, es menester reiterar de modo claro y neto la imposibilidad de educar sin ejercer la autoridad (que no es autoritarismo) y exigir la obediencia desde el mismo momento en que los niños empiezan a entender lo que se les pide. Por eso, es importante que los padres, explicando siempre los motivos de sus decisiones, indiquen a los niños lo que deben hacer o evitar, sin dejar que caigan en el olvido sus órdenes, ni permitir que los niños se les opongan abiertamente.

Como consecuencia, un criterio básico en la educación del hogar es que deben existir muy pocas normas pero muy fundamentales, nunca arbitra-

rias, lograr que siempre se cumplan... y dejar una enorme libertad en todo lo opinable, aun cuando las preferencias de los hijos no coincidan con las nuestras: ¡ellos gozan de todo el «derecho» a llegar a ser aquello a lo que están llamados... y nosotros no tenemos ninguno a convertirlos en una réplica de nuestro propio yo!

Cualquier niño sano tiene necesidad de movimiento, de juego inventivo y de libertad. Interviniendo de manera continua e irrazonable se acaba por hacer de la autoridad algo insufrible. Es importante dejar a los niños actuar como niños.

Por otro lado, la convicción del niño de que nunca hará desistir a los padres de las órdenes que le hayan impartido posee una extraordinaria eficacia, y ayuda enormemente a calmar las rabietas o a prevenir que lleguen a producirse.

Vale asimismo la pena estar atentos al modo como se da una indicación. Quien ordena secamente o alzando sin motivo el volumen de la voz deja siempre traslucir nerviosismo y poca seguridad. Un tono amenazador suscita con razón reacciones negativas y oposiciones. Demos las órdenes o, mejor, pidamos por favor, con actitud serena y confiando claramente en que vamos a ser obedecidos.

Reservemos los mandatos estrictos para las cosas muy importantes. Para las demás peticiones resultará preferible utilizar una forma más suave. De este modo, se estimulará a los niños para que realicen elecciones libres y responsables, y se les dará la ocasión de actuar con autonomía e inventiva, de sentirse útiles... y experimentar la satisfacción de tener contentos a sus padres.

A veces es necesario pedir al hijo un esfuerzo mayor del acostumbrado; convendrá entonces crear un clima favorable. Quizá sea oportuno darle una ocupación, y dirigirle una mirada cariñosa o una caricia, de vez en cuando, para recompensar sus desvelos... sin olvidar que, en este, como en los restantes casos, hay que arreglárselas para que el niño cumpla su obligación. Firmeza, por tanto, para exigir la conducta adecuada, pero dulzura extrema en el modo de sugerirla o reclamarla.

4. *Saber regañar y castigar.* Los ánimos y las recompensas normalmente no son suficientes para una sana educación. Un reproche o una punición, dados de la manera oportuna, proporcionada y sin arrepentimientos injustificados, contribuirá a formar el criterio moral del muchacho.

Sensata e inteligente debe ser la dosificación de las reprimendas y de los castigos. La política del «dejar hacer» es típica de los padres débiles o cómplices.

Pero resultaría pedante, o incluso neurótico, un continuo y sofocante control de los chicos, regañados y castigados por la más mínima desviación de unos cánones despóticos establecidos por los padres.

Para que una reprensión sea educativa ha de resultar clara, sucinta y no humillante. Hay por tanto que aprender a regañar de manera correcta, explícita, breve, y después cambiar el tema de la conversación. En efecto, no se debe exigir que el hijo reconozca de inmediato el propio mal, sobre todo si están presentes otras personas.

Convendrá también elegir el lugar y el momento pertinente para reprenderle; a veces será necesario esperar a que haya pasado el propio enfado, para poder hablar con la debida serenidad y con mayor eficacia.

Por otro lado, antes de decidirse a dar un castigo, conviene estar bien seguros de que el niño era consciente de la prohibición o del mandato.

Naturalmente, hay que evitar no sólo que la sanción sea el desahogo de la propia rabia o malhumor, sino también que tenga esa apariencia. Tratándose de fracasos escolares, conviene saber juzgar si se deben a irresponsabilidad o a limitaciones difícilmente superables del chico o de la chica. Cuando se reprenda es menester además huir de las comparaciones, ya que las confrontaciones sólo engendran celos y antipatías.

Tener que castigar puede y debe disgustarnos, pero en ocasiones es el mejor testimonio de amor que cabe ofrecer a un hijo. Por consiguiente, no debéis albergar ningún temor a que una corrección justa y bien dada disminuya el amor de vuestro hijo hacia vosotros.

5. *Formar la conciencia.* En nuestra sociedad, los niños resultan bombardeados por un conjunto de eslóganes y de frases que transmiten «ideales» no siempre acordes con una visión adecuada del ser humano, e incapaces por tanto de hacerlos dichosos. La solución no es un régimen policial, compuesto de controles y de castigos. Es menester que los hijos interioricen y hagan propios los criterios correctos, que formen su conciencia, aprendiendo a distinguir claramente lo bueno de lo malo.

Es muy importante «educar en positivo», lo cual equivale a mostrar la belleza y la humanidad de la virtud alegre y serena, desenvuelta y sin inhibiciones. Para lograrlo, hay que esforzarse por vivir la propia vida, con todas sus contrariedades, como una gozosa aventura que merece la pena componer cada día.

En tales circunstancias, al descubrir la hermosura y la maravilla de hacer el bien, el niño se sentirá atraído y estimulado para obrar correctamente.

Además, interesa hacer comprender lo decisiva que es la intención para determinar la moralidad de un acto, y ayudar a los hijos a preguntarse el por-

qué de un determinado comportamiento. A tenor de sus respuestas, se les hará ver la posible injusticia, envidia, soberbia, etc., que los ha motivado. El denominado complejo de culpa, es decir, la oscura y angustiosa sensación de haberse equivocado, acompañada de miedo o de vergüenza, nace justo de la falta de un valiente y sereno examen de la calidad moral de nuestros actos. Por el contrario, es preciso y sano el sentido del pecado. La clara percepción de las propias concesiones y faltas, con las que hemos vuelto las espaldas a Dios, provoca un remordimiento que activa y multiplica las fuerzas para buscar de nuevo el amor que perdona.

Para formar la conciencia puede también resultar útil comentar con el niño la bondad o la maldad de las situaciones y los hechos de los que tenemos noticia, así como sugerirle que examine su comportamiento al término de cada día, acaso ayudándole a hacerse las preguntas adecuadas. A medida que crece, hay que dejarle tomar con mayor libertad y responsabilidad sus propias decisiones.

6. *Educar la libertad.* En este ámbito, la tarea del educador es doble: hacer que el educando tome conciencia del valor de la propia libertad, y enseñarle a ejercerla correctamente.

No resulta fácil entender a fondo lo que es la libertad y su estrecha relación con el bien y con el amor. ¿Quién es auténticamente libre?: el que, una vez conocido, hace el bien porque quiere hacerlo, por amor a lo bueno. Al contrario, va «perdiendo» su libertad quien obra de manera incorrecta. Un hombre puede quitarse la vida porque es «libre», pero nadie diría que el suicidio lo mejora en cuanto persona o incrementa su libertad.

Educar en la libertad significa, por lo tanto, ayudar a distinguir lo que es bueno (para los demás y, como consecuencia, para la propia felicidad), y animar a realizar las elecciones consiguientes, siempre por amor. Conceder con prudencia una creciente libertad a los hijos contribuye a hacerlos responsables.

En definitiva, igual que antes afirmaba que el objetivo de toda educación es enseñar a amar, puede también decirse que equivale a ir haciendo progresivamente más libre e independiente a quienes tenemos a nuestro cargo: que sepan valerse por sí mismos, ser dueños de sus decisiones, con plena libertad y total responsabilidad.

7. *Recurrir a la ayuda de Dios.* El conjunto de sugerencias ofrecidas hasta el momento estaría incompleto si no dejáramos constancia de este «último» y fundamentalísimo precepto, que debe acompañar a todos y cada uno de los precedentes.

Educar procede de *e-ducere*, ex-traer, hacer surgir. El agente principal e insustituible es siempre el propio niño. De una manera todavía más profunda, Dios, en el ámbito natural o por medio de su gracia, interviene en lo más íntimo de la persona de nuestros hijos, haciendo posible su perfeccionamiento. Ningún hijo es «propiedad» de los padres; se pertenece a sí mismo y, en última instancia, a Dios. Por tanto, y como apuntaba, no tenemos ningún derecho a hacerlos a «nuestra imagen y semejanza». Nuestra tarea consiste en «desaparecer» en beneficio del ser querido, poniéndonos plenamente a su servicio para que puedan alcanzar la plenitud que a cada uno le corresponde: ¡la suya!, única e irrepetible.

Por consiguiente, el padre o la madre, los demás parientes, los maestros y profesores pueden considerarse colaboradores de Dios en el crecimiento humano y espiritual del chico; no obstante, es este el auténtico protagonista de tal mejora.

A los padres en concreto, en virtud del sacramento del matrimonio, se les ofrece una gracia particular para asumir tan importante tarea. Por todo ello es muy conveniente que, sobre todo, pero no sólo en momentos de especial dificultad, invoquen la ayuda y el consejo de Dios, al tiempo que aprenden —ellos mismos— a abandonarse en Él cuando parece que sus esfuerzos no dan los resultados deseados.

Enseñarles a tener todo esto en cuenta puede constituir, sin duda, la herencia más valiosa que, en el conjunto íntegro de la educación, leguen los padres a sus hijos.

3. EL EQUILIBRIO O DESEQUILIBRIO

¿Se puede hoy hablar, en general, de persona equilibrada? Veamos a continuación algunos aspectos que son importantes a la hora de buscar el desarrollo armónico de la persona y el necesario equilibrio para afrontar los problemas y de llevar una vida suficientemente feliz.

a) *En el ámbito del cuerpo*. Se centra en lo físico, en lo relativo al desarrollo del aspecto exterior. La armonía del cuerpo es paso importante para que se desarrollen las demás capacidades, y eso requiere una aceptación de su estructura somática y un ejercicio, apropiado a la edad, que las vaya desarrollando acordes con el momento evolutivo en el que se encuentre.

b) *En el ámbito del alma*. Nos referimos al mundo de la psique, de los valores intelectuales y el conocimiento. La falta de exigencia abarca también los aspectos de la formación en conocimientos y principios para afrontar la vida. No se trata de memorizar conocimientos sin más, sino de llegar a ellos

y de utilizarlos para formar la razón, para proporcionar una serie de medios que nos lleven a la posibilidad de un conocer que lleve a la práctica social y profesional.

c) *En el ámbito espiritual.* Se trata de los valores que se dirigen al campo del cultivo de la vida espiritual. Es necesario buscar la luz en esta vida, a veces llena de sombras y dificultades, y saber que nunca estamos solos. Los valores de la trascendencia hacen descubrir dimensiones de la propia persona que no habíamos vislumbrado.

En consecuencia, se requiere poner al alcance del niño, del adolescente y del joven la posibilidad de un caminar progresivo en las virtudes, pues ellas ayudan a superar los momentos difíciles de nuestra evolución y nos preparan para afrontar las exigencias de cada etapa y salir triunfadores, haciéndonos personas cada vez más humanas y con el canal abierto a lo que no se acaba.

4. LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN, INTERNET, FACEBOOK, TWITTER... «ÉRASE UN JOVEN A UN MÓVIL PEGADO»

Tomemos como punto de partida un texto iluminador del *Instrumentum laboris* para el Sínodo de los jóvenes:

Las jóvenes generaciones se caracterizan hoy por la relación con las tecnologías modernas de la comunicación y con lo que normalmente se llama «mundo virtual», no obstante también tenga efectos muy reales. Todo esto ofrece posibilidades de acceso a una serie de oportunidades que las generaciones precedentes no tenían, y al mismo tiempo presenta riesgos. Sin embargo, es de gran importancia poner de relieve cómo la experiencia de relaciones a través de la tecnología estructura la concepción del mundo, de la realidad y de las relaciones personales. A esto debería responder la acción pastoral, que tiene necesidad de desarrollar una cultura adecuada.

¿De dónde reciben los modelos de conducta nuestros niños, adolescentes y jóvenes? Los medios de comunicación social y las modas realizan una sutil labor educativa de las personas en comportamientos que se han de considerar no sólo normales, sino plausibles. De esos sentimientos se valen todos aquellos que buscan influir en los distintos grupos sociales.

Por otra parte, los nuevos aparatos de comunicación (móviles, tablets, internet, etc.) están revolucionando las relaciones y la comunicación y están influyendo en niños, adolescentes y jóvenes. Es el contacto humano mediatizado por la mecánica. Veamos dos aspectos que tienen importancia en este sentido:

a) *Informática y afectividad*. Está claro que las diferencias que se percibían hace unos años entre jóvenes que habían tenido una socialización diferente, a diferentes niveles, con diferentes experiencias, presentaban rasgos distintos de identificación. Los medios electrónicos han favorecido la confusión de muchos roles sociales, en otro tiempo diferenciados, y esto no tanto por sus contenidos, como por la modificación de la «geografía situacional» de la vida social.

Uno de ellos es la del niño maduro y el adulto infantilizado. Esto viene porque poco a poco se va homologando el mundo infantil y el de los adultos. En principio comienza por compartir la diversión mediante la televisión. Por este medio se presentan modelos que producen una identificación fuerte en los niños con personajes que han conseguido un relevante estatus económico; con ello se interioriza que el valor más importante es el dinero.

Ocurre igual con otros personajes: el cuidado del aspecto, la impresión de que hay que mantener la figura, porque lo exterior es muy importante, las aventuras amorosas de los «guaperas» de turno, la conducta amoral de muchos de ellos, la poca importancia a la fidelidad, el predominio de la descarga afectiva sobre el ser dueño de uno mismo. Hace años escuché a un psicólogo que decía que estamos ante la sociedad de Peter Pan. En ella hay muchos personajes que quieren permanecer niños siempre, con un solo objetivo: pasarlo bien, jugar y no tener responsabilidades.

b) *El peligro de simplificar la realidad*. Niños y adolescentes, sobre todo, se encuentran frente a una realidad simplificada (la que se les presenta a través de los medios populares de comunicación) con la que se reduce su área de pensamiento, entendido como proceso que establece relaciones varias. Tal proceso, que afecta a todos los que utilizan los medios, resulta particularmente peligroso para los niños, cuya capacidad de crítica es escasa o sencillamente nula. Ellos tienden a interpretar la realidad con categorías muy simples.

Presentar a los niños un mundo en el cual todo objeto es amigo o enemigo, significa, imposibilitar el uso de la inteligencia, la capacidad de análisis, de contraposición, y, lo más peligroso, de intercambio crítico y de diálogo en la comunicación. Si la televisión fue durante unos años esa niñera que entretenía a los niños, cuánto más influyen hoy en ellos el uso de los nuevos aparatos electrónicos.

c) *La sociedad virtual y fragmentaria*. Este hecho está dificultando el entendimiento intergeneracional y fomentando la agresividad en las relaciones. Asimismo, está favoreciendo la desestructuración del propio comportamiento y el riesgo aún peor de la «memoria falsa». El profesor de la

universidad de Roma Alberto Oliverio señala a este respecto lo siguiente: «Diversas investigaciones indican que las personas que ven con demasiada frecuencia espectáculos televisivos pueden llegar a tener dificultades para diferenciar entre los recuerdos de lo que le ha sucedido de verdad y aquellos que le vienen por su persistente afán de ver televisión». Es muy fácil que se tengan dificultades en el proceso de reestructuración. En la sociedad de las imágenes este proceso de reestructuración de los recuerdos puede implicar un injerto de falsa memoria, confundiendo recuerdos visualizados con verdaderos.

Es necesaria una ecología de la mente cuando nos aproximamos al mundo telemático y multimedia. Precisamente porque el joven (niño, adolescente) que despierta a la vida delante del televisor o con la urgencia del móvil, portátil u otro medio, puede pensar que en el mundo no existe nada fijo y definitivo. Para él la vida la ve sólo en lo que es excitante. Todo es repentino. El modelo de proceso evolutivo se altera totalmente.

Yo por mí y para mí

Viajamos en cualquier medio de transporte público, ¿qué vemos?: la mayoría de las personas están viendo su reflejo en la pantalla del aparato electrónico personal. ¿Qué visión de futuro, de prójimo, de sentido social puede tener quien se pasa la mayoría de los días mirándose a sí mismo a través de una pantalla? Y si hablamos de sentido de transcendencia, resulta sin duda difícil alzar la vista hacia lo alto.

La realidad es que «nuestro futuro» se está convirtiendo en alguien que dedica mucho más tiempo a dialogar con cada uno de sus distintos aparatos que con los padres, que tiene una miope mirada hacia el mundo, que se encierra fácilmente en su pequeño «ego», que está muy condicionado en su conducta por aquellos modelos y criterios que recibe, que corre el peligro de llegar antes de tiempo a imágenes y conocimientos que pueden adelantar problemas o realidades fisiológicas para las que no está preparado, que necesitan una madurez física, psicológica y fisiológica importante para su futuro en felicidad.

El no tener cierto control sobre afectos y sentimientos puede llevar al desastre cualquier vida que está naciendo, puede conducir –en el peor de los casos– a abortar el candor y la sinceridad de sentimientos de un niño o un adolescente, a eliminar de la vida el esfuerzo por superarse, el sentido profundo de lo que le rodea y, por supuesto, la ausencia total de Dios y la vida transcendente en su existencia.

¿Hay algo que podamos hacer?

Afirmamos que los aparatos electrónicos se han convertido en herramientas indispensables de apoyo en casi todas las actividades del hombre, en la escuela se empiezan a utilizar cada vez más, la medicina ha encontrado nuevos medios terapéuticos a través de su uso. En pocos años hemos visto evolucionar esta técnica a marchas forzadas y haciendo balanza son más los efectos positivos que los negativos. El problema es la esclavización que han supuesto para muchos, y especialmente para los más jóvenes. Es el abuso lo que hemos de evitar, que no sea el compañero y amigo perenne, sino medio de formación a través de la información. Y además un medio que sirva para poner algo en el «disco duro personal» no fiarlo todo a que lo tenemos en la red. Aún más, tenemos que partir de que el hombre no debe dejarse someter por la máquina y, en los últimos años, parece que se está extendiendo el peligro que en las décadas anteriores nos presentaban en algunas películas de ciencia-ficción. Sería importante no dejar que la ficción se convierta en triste realidad.

Descartes imaginaba al hombre como una máquina dentro de la cual el alma no era como el piloto en una nave, pero con la cual se fundía en un único todo; esto dejaba sin resolver el problema de fondo, de cómo es posible que esta unidad espíritu y materia pertenezcan a dos realidades diversas que sólo se pueden abordar con mentalidades y herramientas de investigación diferentes. Los últimos descubrimientos nos permiten acercarnos a la comprensión. El hombre en cuanto que es un organismo biológico y «átomo social», sigue estas leyes, pero en lo tocante a ser más que un organismo y un átomo social es capaz de cosas como la actividad espontánea, la creación, la autorrealización, actividades destinadas a aumentar las tensiones, la espiritualidad, etc. Pero dentro de esta realidad es necesario educar las cualidades de cada uno, no se le puede dejar que se comporte como un animal en sus aspectos que deberían ser más humanos y regidos por una vida interior capaz de hacer evolucionar al hombre, no sólo en lo que se refiere a los medios mecánicos, a la cibernética, sino en aquello que es más propio de su ser cuerpo, psique y espíritu. Procede hacer crecer y preparar bien el aspecto físico, prevenir enfermedades, aprovechar los adelantos de este tiempo y estar abierto a una figura humana equilibrada en lo físico; pero es necesario también cultivar y educar los sentimientos y los afectos. Y, aún más importante, educar los valores del espíritu con una visión trascendente que no le aparte del mundo en el que vive, sino que le comprometa a trabajar por la justicia, la libertad, el ser solidarios, comunicativos, generosos. Procurar en el hombre que se desarrollen lo que de verdad lo hace diferente de los demás animales, que seamos animales va

en nuestro ADN, pero hemos de prestar atención a la parte racional. Las riquezas que ha puesto Dios en cada uno de los aspectos deben ser igualmente evolucionadas y desarrolladas.

A MODO DE CONCLUSIÓN

No es fácil en la actualidad pensar nuestra vida sin estar rodeados de teléfonos, móviles, fax, computadora, y otros muchos artefactos informáticos. Pero sí hemos de preguntarnos hasta qué punto influyen en el comportamiento del individuo. Tengamos en cuenta que hay personas que se envenenan con la visualización de imágenes eróticas que condicionan el propio ejercicio de la sexualidad de manera equilibrada. Hay autores que afirman que la visualización de imágenes eróticas como uso «normalizado» de satisfacción sexual produce desequilibrios en el sistema endocrino que gobierna la sexualidad de una persona. Si eso sucede en personas previsiblemente maduras, ¿cómo influirá en el desarrollo normal de adolescentes y jóvenes?

Y no sólo en esto. ¿Qué visión del mundo se presenta cuando la información está en su mayor parte manipulada, se obliga a ser socialmente bien vistos, no se permite la discrepancia en lo que son nuevos mundos y nuevas «presiones»? Respetar a quien es distinto es diferente de que impongan como lo natural aquello que constituye un comportamiento anómalo, que tengan fuerza de coacción los lobby y grupos que quieren tomar carta de naturaleza en la sociedad e imponer su concepción de la realidad humana o, al menos, forzar no ya para que se les respete (que es lógico, normal y exigible), sino que ellos no respeten a los otros y esto nos pasa en política, en concepciones religiosas que remiten al pasado y en el ethos social y ciudadano.

No cabe duda de que sólo el respeto al otro, la educación equilibrada y serena, la verdad y el proceso de vida en el mayor equilibrio posible, pueden lograr una sociedad en la que nuestros jóvenes, liberados de influencias que les esclavizan hagan que el siglo XXI no sea el siglo del desastre, sino el de la creación de un mundo nuevo que sepa aprovechar todos los medios que los adelantos técnicos les proporciona en orden no a hacer lo que su capricho les dicte, sino a trabajar en la construcción de un mundo más humano, justo, solidario, generoso, un mundo más en consonancia con el mensaje de amor del padre. Superando los aspectos negativos estamos en el mundo juvenil más prometedor de la historia, porque ninguna generación ha tenido más facilidades que esta para ser la generación de lo nuevo, recordando el evangelio de la Anunciación: viene el que hará todo nuevo, lo que significa

que no podemos quedarnos en nuestros logros, porque tenemos que ser caminantes en la senda de la vida.

Pongamos el punto y seguido a esta reflexión abierta con un texto del *Instrumentum laboris* para el Sínodo de los jóvenes:

Las jóvenes generaciones se caracterizan hoy por la relación con las tecnologías modernas de la comunicación y con lo que normalmente se llama «mundo virtual», no obstante también tenga efectos muy reales. Todo esto ofrece posibilidades de acceso a una serie de oportunidades que las generaciones precedentes no tenían, y al mismo tiempo presenta riesgos. Sin embargo, es de gran importancia poner de relieve cómo la experiencia de relaciones a través de la tecnología estructura la concepción del mundo, de la realidad y de las relaciones personales. A esto debería responder la acción pastoral, que tiene necesidad de desarrollar una cultura adecuada.